



CAPITULO XXXV

CONCLUSIÓN

AL llegar al fin de esta historia, se harán sin duda nuestros lectores una reflexión que con toda naturalidad sale de esta relación. Nuestro siglo es muy parecido al de San José de Calasanz, es mucho peor aún, porque con toda deliberación y con infernal habilidad se corrompe oficialmente á la juventud. Aumenta cada año el mal y de una manera que espanta. Todos los esfuerzos de los católicos debieran concentrarse al lado de la educación, y sobre todo, de la educación popular. Va en ello la salvación de las almas, va también la salvación de la sociedad, porque el sufragio universal que es la conquista más hábil del infierno, pone á la sociedad á merced del número, y el número es el pueblo. En otro tiempo se combatían las herejías arma al brazo, se triunfaba ó se moría en el campo de batalla y en el cadalso; pero ¿qué se puede hacer contra la llamada legalidad del número? Hay que ocuparse en el pueblo. ¡Cuántos años hemos perdido después de la revolución de 1848, que debieran haber abierto los ojos á los católicos, viendo el formidable poder que por la primera vez se elevaba en un Estado cristiano enfrente de la Iglesia y de nuestras antiguas instituciones sociales! Debían haberlo comprendido los conservadores: iba en ello su interés material, el único que puede moverlos. Nuestra negligencia, nuestra incuria, nuestra falta de fe han preparado nuestros desastres, sin que hayan sido capaces de corregirnos. Nos quedamos tan satisfechos gimiendo inútilmente sin resultado práctico alguno; á lo más, creemos haber hecho mucho abriendo el bolsillo y dando algunos céntimos. El único remedio para nuestros males es la buena educación popular, la educación verdadera, absoluta y profundamente cristiana. ¡Ojalá lo hiciera comprender la lectura de esta modesta obra!

¿Y es posible aún con las leyes tiránicas que nos aprisionan por todas partes? Nuestros adversarios tienen la fuerza material y la fuerza legal con una mayoría siempre asegurada, y con un presupuesto inagotable, que es la palanca de las sociedades modernas. Cuando les falta alguna ley, la dictan en el acto para batirnos en nuestros últimos reductos, arrebatándonos toda som-

bra de libertad. Es mucha verdad; pero nos quedan todavía dos cosas á que no puede llegar todo su poder: Dios, que jamás ha de faltar á su Iglesia, y que permite las persecuciones no más que para purificarla; y nuestra fe, nuestro desinterés, con los cuales lo podemos todo contra el poder del infierno.

¡El desinterés, el desprendimiento! he ahí la gran necesidad de nuestro siglo: el desprendimiento de las clases elevadas especialmente, dándose, entregándose, como los primeros compañeros de Calasanz, á la educación á la santificación de los hijos del pueblo. ¡Ay! No censuro á esos hombres celosos que fundan Círculos, Bancos populares y Fábricas cristianas; todos los frutos del desprendimiento son admirables, porque son del desprendimiento: pero más seguro, más pronto y más sólido bien hace un Colegio cristiano, verdaderamente cristiano, que no tiene más fin que la divisa de San José de Calasanz: *ad majus pietatis incrementum* (1).

Perdónesenos, si lo decimos con sencillez: es el único fin que nos propusimos al fundar en 1846 la *Obra de la Juventud obrera* de Marsella. A pesar de toda clase de persecuciones, á pesar de todos los obstáculos y dificultades—es el distintivo de las obras de Dios—en treinta y ocho años hemos educado cristianamente más de diez mil jóvenes obreros, y no exageramos al afirmar que más de la mitad han conservado los sanos principios, volviendo fácilmente á Dios la otra mitad después de los extravíos de la juventud, como vemos todos los días. Hoy educamos á los hijos de nuestros Hijos, y ya comenzamos á educar á sus nietos. ¡Cuántos matrimonios cristianos, cuántas generaciones benditas se forman en nuestro derredor!

Y entre tanto, estaba incompleta esta *Obra de la Juventud*. La educación del domingo solamente, no era suficiente para luchar con las seducciones de los otros seis días de la semana. El joven, el adolescente sobre todo, es muy frágil. En 1864 fundamos por esto una Escuela de piedad: sus frutos han sido inconcebibles. Nuestra Obra principal encontró en ella el principio de su vida, su desarrollo, su mejores sujetos; hemos podido impedir el mal en lugar de repararlo, cuando es tan frecuentemente irreparable.

Aquella extensión de la obra exigía numeroso personal, y ¡estábamos casi solos! En 1860 conocimos por segunda vez el Instituto de San José de Calasanz, y nos resolvimos inmediatamente á darle nuestra casa. No fué de la misma opinión nuestro Santo Obispo, Monseñor de Mazenod, anciano venerable, fundador también de una Orden importante, las Oblatas de María Inmaculada, muy experimentado por consiguiente en cuestión de fundaciones; tampoco fueron de la misma opinión poderosos y hábiles consejeros que teníamos en Roma; todos estaban unánimes: las costumbres italianas no son como las

(1) Para el mayor aumento de la piedad.

costumbres francesas, difieren extraordinariamente: ni es el mismo género de educación, ni la misma manera de vivir. La Francia tiene otras necesidades: somos una nación esencialmente demócrata que necesita remedios especiales desconocidos en otros países. Nuestra dificultad era incalculable, cuando la voz del Vicario de Jesucristo la resolvió de una manera inaudita en los fastos de la Cancillería Romana. Pío IX, por su Breve laudatorio de 14 de febrero de 1861, aprobaba nuestro nuevo Instituto que no existía sino en proyecto.

En 1876, iba mucho más lejos, y por solemne Decreto del 8 de julio aprobaba nuestra pequeña SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DEL NIÑO JESÚS, ordenando á la Sagrada Congregación de Regulares, que examinara y corrigiera nuestras Reglas, lo cual ya era una aprobación implícita. Fué una bendición para nosotros, porque desde entonces tenemos tres casas importantes, que atienden á seis obras diversas (1) todas para niños y jóvenes de la clase obrera.

¿Qué se necesita para extender y multiplicar nuestras Obras, pedidas para sus Diócesis por muchos de nuestros Señores Obispos? Mayor número de abnegaciones. Rara vez y por excepción se encuentran entre los hijos del pueblo; ¡pero cuántos jóvenes decentes, hastiados de las tristezas de los tiempos presentes, buscan cómo utilizar en los ocios de su vida esa necesidad de actividad cristiana que los devora, y no hallan como emplearse! ¡Cuántos se dirigen á la conversión de los pueblos infieles, obra en verdad admirable, pero que les hace olvidar demasiado los salvajes mucho más peligrosos que los rodean, porque son enemigos de la Iglesia y del Orden social! Sacerdotes ó legos, encontrarían un lugar entre nosotros según sus facultades; hallarían una vida sin austeridades especiales, pero sobradamente ruda por los innumerables ministerios que abarca, con la seguridad de convertir muchas almas. Pero sobre todo, y es nuestro fin especial, podrían conservar en la fe, en la piedad y en las buenas costumbres, las nuevas generaciones que no están todavía contaminadas. No habiendo podido llamar á los Hijos de San José de Calasanz, hemos tomado casi toda su regla adaptándola á las presentes necesidades.

Suplicamos á San José de Calasanz que inspire estas ideas á los que después de haber leído su vida, deseen continuar su hermoso ministerio en medio de la juventud de nuestra querida y desgraciada patria, recordándoles la promesa del espíritu Santo: *Qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates*. (Daniel XII).

(1) En Marsella, la Obra de la Juventud, y la Escuela del Sagrado Corazón. En la Vista, la Obra de la Juventud, y una Escuela Eclesiástica. En Alix, la Obra de la Juventud, y un Orfanato Agrícola.



APÉNDICE ⁽¹⁾

FUNDADOR de las Escuelas Pías San José de Calasanz, ha llevado su espíritu á otras Instituciones que son ornamento de la Iglesia Católica, y que lo veneran como á Protector especial.

Además de la Congregación de los Padres del Sagrado Corazón del Niño Jesús, de que habla Timón David que es su Fundador, están en España las Religiosas, Hijas de María, (vulgarmente Escolapias); en Bélgica, las Hermanas de las Escuelas Cristianas de San José de Calasanz; en Venecia, la Congregación de las Escuelas de la Caridad; en Florencia, «Las Calasancianas», en Austria otra Congregación por el estilo de las de Bélgica, y la Congregación de los Obreros Pios.

1.º *Las Madres Escolapias.* La Señorita Paula Muntall, de Arenys de Mar, en Cataluña, se asoció con las Señoritas Inés Busquets y Felicia Clavell, dirigidas por el Rdo. P. Agustín Casanovas, Escolapio de la Provincia de Cataluña, y se propusieron dedicarse á la enseñanza de las niñas y jóvenes, según el espíritu de San José de Calasanz, cuyas reglas adoptaron algún tanto modificadas, atendida la debilidad de su sexo.

La Casa Madre fué Figueras. Allí abrieron las nuevas Fundadoras sus primeras Escuelas, y pronto vieron llegar á ellas operarias llenas de virtud y celo, tales como las que se llamaron después Francisca de Domingo, 2.ª Superiora General, Angeles Bofurull del Santísimo Sacramento, Carmen Galiana, Dolores Grevindian, Asunción Ramón, Gonzaga Colomer, y otras muchas que se han santificado, y otras más que siguen santificándose en la enseñanza de las niñas, según el Espíritu de San José de Calasanz.

La Fundadora tomó el nombre de Paula de San José de Calasanz. Hoy cuentan las Madres Escolapias con veinticuatro Colegios en las principales ciudades de España, siendo su Supe-

(1) Damos en este Apéndice una sucinta noticia de algunas Instituciones que se asemejan á las Escuelas Pías. (N. del Traductor).